

El mayordomo de este rico, nos dice el evangelio de hoy, fué acusado ante él como disipador de sus bienes: las acusaciones eran graves; mas deseando que él mismo confesase su delito, le llamó y le dijo: "¿Qué es esto que oigo decir de tí? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mi mayordomo."

Digna es de compasion la suerte de este desgraciado, pero mas lo es la nuestra! Examinemos cada uno nuestra conducta segun nuestro estado. Si somos jóvenes, ¿qué uso hemos hecho de los primeros instantes de nuestra razon? ¿Empleamos los primeros años de nuestra vida en el estudio de la ley de Dios? ¿Nos dedicamos á la virtud? ¿Procuramos que fructificasen las primeras gracias que Dios nos dió? Si somos padres y madres de familia, ¿hemos criado á nuestros hijos en el servicio y amor de Dios? Ellos eran suyos antes que fueran nuestros, ¿los hemos inclinado al trabajo, pues escrito está: comerás el pan con el sudor de tu rostro? ¿Ha sido Jesucristo el norte y guia que les hemos propuesto para que sus corazones se formen en la virtud? ¿Hemos procurado que nuestros ejemplos y discursos sean tales que puedan instruirlos?

A la verdad que no; el tiempo lo hemos disipado en vagatelas: hemos consumido la vida en placeres, despreciando los tesoros de gracias y talentos que el Señor puso en nuestras manos para que los empleásemos en nuestra salvacion.

Ordenemos ya nuestra vida, y pidamos al Señor, á ejemplo del profeta: *Señor, no entreis en juicio con vuestro siervo: esperad aun hasta que estén expiadas nuestras culpas.* Un dolor perfecto y sincero será sin duda el medio de reparar nuestros desórdenes: él hará que seamos el objeto de la benevolencia de Dios. Trabajemos pues, para el cielo, despachemos nuestros tesoros á aquel lugar donde no los puede corroer la polilla, ni consumir el orin. Jesucristo concluye esta parábola diciendo: *Os digo que os ganeis amigos de las riquezas, de la iniquidad, para que cuando falleciereis os reciban en las eternas moradas.* El rico, cumpliendo con los designios de la Providencia, y el pobre, no murmurando de ella, pueden conseguir y amontonar teso-

ros, los unos de trabajos sufridos con paciencia, y los otros de limosnas repartidas con justicia, para ganar la entrada á los tabernáculos eternos.

DOMINGO NOVENO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Parece que la Iglesia en este nono domingo despues de pentecostés se propone persuadir á los fieles que todas las calamidades que suceden en el mundo, los azotes terribles de la indignacion del Altísimo, las desolaciones, las aficciones públicas, son castigos visibles de la corrupcion de las costumbres, del desprecio que se hace de la ley, y de la irreligion de los pueblos. La epístola nos trae á la memoria los rigorosos azotes con que Dios castigó la insigne ingratitud y la obstinada indocilidad de un pueblo privilegiado, que por la infinidad de beneficios con que es colmado, se hace todavía mas ingrato, mas irreligioso, y que por sus enormes delitos obliga al Señor á hacerle sentir todo el rigor de su ira. El evangelio se dirige al mismo fin, y confirma la misma verdad haciéndonos el Salvador en él una pintura viva y penetrante de las espantosas calamidades de Jerusalem, y de toda la nacion judáica, en castigo de su impía obstinacion en no querer reconocer al Mesías. El introito de la misa dice mucha relacion con la epístola y el evangelio, y al mismo tiempo se dirige á inspirarnos mucha confianza en la misericordia de Dios aun á vista de nuestra ingratitud.

Mirad como Dios lleno de bondad viene en mi socorro y toma visiblemente mi defensa contra mis enemigos, nos dice el profeta rey. Apartad, Señor, todo mal de mí, y haced que recaiga sobre mis enemigos: haced que perezcan, y convencedlos con esto que sois fiel en proteger al inocente. Dios mio, por la gloria de vuestro nombre salvadme del peligro en que estoy, y des-

plegando vuestro poder en mi favor, dad á conocer el juicio que haceis de mi inocencia. Este salmo, en que implora David la ayuda del cielo para escapar de un gran peligro, lo compuso cuando habiendo avisado los zifeos á Saul que estaba David en su comarca, se vió rodeado del ejército de Saul, y por la oracion lo libró Dios como milagrosamente de las manos de su enemigo.

La epístola de la misa de este dia hace mencion de lo que San Pablo dice á los corintios, que todo lo que les sucedia á los judíos era figura de las verdades evangélicas que hablan con nosotros.

El desigmo del apóstol es advertir á los corintios, y en ellos á nosotros, que no abusasen de los favores que Dios les habia hecho, y para esto les propone el ejemplo de los israelitas, que no habiendo hecho el uso que debian de los favores de que los habia colmado Dios en el desierto, perecieron todos y no lograron la dicha de entrar en la tierra de promision. Para que no presumais de vosotros mismos, les dice el apóstol, y para que contando tal vez demasiado sobre las ventajas que os dá la ley de gracia no desagradeis á Dios, no quiero que ignoreis que nuestros padres pasaron todos el Mar Rojo á piés enjutos; que tuvieron una nube que por el dia los ponía á cubierto de los ardores del sol y por la noche los alumbraba y les servía de guia; que queriendo Dios proveer á su subsistencia en aquel vasto desierto, hacia que todos los dias les lloviese un maná de un gusto delicioso, capaz de hacerles olvidar enteramente las cebollas de Egipto. ¿Qué fuente de agua viva no sacó de una roca para que no sintiesen las incomodidades de la sed? ¿Y qué otras maravillas no hizo el Señor en favor de aquel pueblo? Pero todos aquellos milagrosos beneficios no eran sino una figura de los que Dios os ha hecho en la ley nueva. Ellos eran el pueblo escogido, el pueblo privilegiado, el pueblo querido: vosotros lo sois mucho mas; pero no conteis tanto sobre esta bondad de Dios para con vosotros, que os descuideis de agradarle; no sea que como los beneficios de que Dios los habia colmado eran figura de los que vosotros habeis recibido en

la ley de gracia, así tambien su infidelidad y sus delitos sean figura de los vuestros, y los castigos que hará Dios con vosotros hayan sido figurados por los de ellos. Para evitar esta desgracia, no nos dejemos arrastrar al mal como ellos se dejaron. Tenemos en nuestro propio terreno esta maldita concupiscencia, manantial envenenado de nuestras miserias y de nuestros pecados: ella hace al hombre infeliz llenándolo de mil deseos, y todavía mas infeliz cuando llega á gozar de los bienes que le hace buscar y apetecer; mas no lo hace culpable sino cuando consiente en el mal: pero si este enemigo doméstico es tan poderoso, la gracia de Jesucristo, que nunca nos falta, lo es todavía mas para hacernos conseguir la victoria.

No os hagais idólatras como algunos de ellos, segun está escrito. Se sentó el pueblo á comer y beber, y despues se levantaron á bailar. La libertad que os da el Evangelio de asistir á los convites de los paganos, lejos de haceros mas disolutos debe haceros mas contenidos. Cuidad que el comercio que se os permite tener con unas gentes sujetas á mil vicios no os sea ocasion de pecado; que el ejemplo de la disolucion, de las impías extravagancias de los hijos de Israel, os haga mas cautos. Rara vez los convites demasiado frecuentes con personas destempladas dejan de degenerar en excesos y disoluciones: el regalo y delicadeza no fomentan la inocencia y la virtud.

Guardémonos tambien de ser disolutos como lo fueron algunos de ellos, de los cuales perecieron en un solo dia veintitres mil, continúa el apóstol. Ninguna pasion mas tiránica que la de la impureza, ningun vicio á quien siga mas de cerca el castigo, ninguno que sea castigado tan rigurosa ni tan prontamente como este infame pecado. San Pablo habla aquí de los delitos que cometieron los israelitas con las hijas de Moab. Viendo Balac, rey de los moabitas, el ejército de los israelitas acampado en una gran llanura cerca del Jordan, envió á buscar á Balan, famoso mágico, para que maldijese á todo el ejército. Persuadido Balan que los hebreos serian invencibles mientras guardasen la ley del Señor, aconsejó á los moabitas que enviasen sus mugeres al campo para incitar al delito á los soldados

y oficiales, y que las dijese que cuando vieses á los hebreos abrasados de un amor impuro, los obligaran á ofrecer sacrificios á sus ídolos. Este consejo, inspirado por el demonio, fué ejecutado exactamente. Los israelitas pasaron fácilmente de la impureza á la idolatría: se consagraron, dice la Escritura, al culto de Beelfegor. San Agustin cree que los caudillos del pueblo y los oficiales del ejército autorizaron con su ejemplo estos infames desórdenes; así Dios ordenó á Moisés los hiciera morir á todos ahorcados y crucificados. Veintitres mil hombres perecieron aquel dia, y solo el celo de Finees impidió que Dios exterminase enteramente á todo aquel pueblo, manchado con la impureza y la idolatría. La impureza oscurece y casi apaga la fé y la razon, y arrastra á todos los vicios y excesos.

Guardémonos tambien de tentar á Jesucristo, como lo tentaron algunos de ellos, los cuales perecieron mordidos de las serpientes. El delito de los judíos en esta ocasion, fué que cansado y enfadado el pueblo de lo largo y fatigoso del camino, habló contra Dios de un modo que hacia ver que dudaban de su poder y de su providencia; murmuró tambien contra Moisés, diciendo: ¿por qué nos sacasteis de Egipto, para que muramos en el desierto por falta de pan y de agua, pues ya estamos fastidiados del maná, alimento sumamente vil y ligero? Segun Moisés, los judíos murmuraron contra Dios; segun San Pablo, murmuraron contra Jesucristo. Prueba bien positiva de la divinidad de Jesucristo, pues segun el santo apóstol, Jesucristo es el Dios contra quien los hebreos hablaron tan indignamente y á quien tentaron con sus quejas. Tentar á Jesucristo es quejarse y desconfiar de su providencia, es hablar abiertamente contra Dios, insultarlo como si no tuviéramos que temer nada de él: es como desafiarlo y provocarlo á que nos castigue. Por eso Dios, justamente irritado, los convenció bien presto de que era todopoderoso haciendo comparecer allí mismo una infinidad de serpientes que les quitaron la vida, y no permitiendo que ninguno de ellos, excepto dos, entraran en la tierra que habia prometido á sus padres, diciéndoles: "Estos hombres in-

gratos que me han tentado ya por diez veces, no verán la tierra que juré á sus padres les habia de dar." En esto se vé que tentar á Dios, y murmurar contra Dios, es una misma cosa segun el lenguaje de la Escritura.

Finalmente, guardaos de murmurar, como murmuraron algunos de ellos, á quienes el exterminador hizo perecer, continúa el apóstol. No murmureis contra los que ha puesto el Señor para que os gobiernen y están en su lugar, porque esto sería murmurar contra el mismo Dios. Estas murmuraciones de los judíos eran muy frecuentes, por eso los castigó Dios tan rigurosamente. Pero todas estas cosas que les sucedian eran figuras, continúa San Pablo, y fueron escritas para instruirnos á nosotros, que hemos venido en estos últimos tiempos. Quiere decir, que todas las cosas sucedidas á los judíos son unas lecciones para los cristianos, para que nos sirvamos de ellas y arreglemos por ellas nuestra conducta.

El que cree que está en pié y que se mantiene firme, cuide no caiga. El temor y la desconfianza de sí mismo, con una gran confianza en Dios, son las guardias mas seguras de la virtud: sirvenla de muralla y de apoyo; al contrario, la presuncion la arruina enteramente. Creer que está uno seguro, es ordinariamente estar en visperas de alguna caída. Este saludable aviso lo dá San Pablo, principalmente á los que se tienen por mas ilustrados que los otros. Los directores, los que sirven de guías á los otros, están mas expuestos que aquellos á quienes conducen por los caminos del Señor si no son muy humildes, muy devotos y muy mortificados.

Cuidad que no os asalte ninguna tentacion que sea sobre las fuerzas y condicion del hombre. Queriendo San Pablo confirmar mas y mas á los corintios en estos piadosos y necesarios sentimientos de humildad y de desconfianza de sí mismos, les dice que no debian contar mucho sobre su virtud, que todavía no habian pasado por aquellas pesadas y duras pruebas que dan á conocer al hombre el fondo de su flaqueza y lo ridículo de su presuncion. Desea asimismo que Dios los libre de aquellas tentaciones violentas y extraordinarias que ponen á

extrañas pruebas y en terribles riesgos á la virtud. Es verdad que al mismo tiempo los alienta á que tengan una confianza en Dios cada vez mas firme, asegurándoles que no permitirá Dios jamas sean tentados sobre sus fuerzas; porque la gracia no falta jamas á nadie y siempre es proporcionada á la fuerza del enemigo; y con tal que no os expongais vosotros mismos á la tentacion, ni os metais por vuestro gusto al riesgo, Dios hará que saqueis provecho de vuestras tentaciones: saldreis de ellas mas fuertes para resistir á las que en adelante os vinieren: estad ciertos que cuanto mas violentas sean las tentaciones que os asaltaren, tanto mas poderosos serán los auxilios de la gracia con que Dios os socorrerá.

El evangelio de la misa nos muestra aun mejor que la epístola, que nuestros pecados son la causa á que debemos atribuir siempre todas las calamidades que nos suceden; y que la mayor parte de nuestras desgracias son castigos de nuestras culpas.

Yendo Jesucristo á Jerusalem á consumir su gran sacrificio y el gran misterio de nuestra redencion, no bien hubo puesto los ojos en aquella ciudad, cuando movido extraordinariamente á compasion sobre la triste suerte de sus habitantes, y sobre el deicidio que iba á poner el colmo y el sello á su reprobacion, no pudo contener las lágrimas. Estas lágrimas de Jesucristo, en medio de su triunfo, y la prediccion que hace de su muerte en el tiempo mismo que todo el mundo lo llenaba de bendiciones y de aclamaciones, son una prueba, la mas cierta, de que conocia las cosas futuras y que habia de morir voluntariamente y por su eleccion. Estas lágrimas no denotaban que hubiese en el Señor flaqueza alguna indigna de su magestad: eran totalmente voluntarias y unas pruebas sensibles de la ternura de su corazon, y de la compasion que le causan nuestras calamidades.

¡Oh, si á lo menos en este dia tuyo hubieses conocido las cosas que eran capaces de darte la paz! Como si dijera el Salvador: ciudad, infeliz y desventurada, si despues de tantas infidelidades como has cometido, pudieses á lo menos compreu-

der que es hoy el dia en que se cumple la profecía que se te hizo por el profeta Malaquías: Decid á la hija de Sion, vé aquí á tu Rey que viene á tí lleno de mansedumbre; ó segun algunos intérpretes, ciudad infeliz, ¿por qué has cerrado los ojos á la luz tanto tiempo ha? ¡O, si á lo menos los abrieras en este dia, que es un dia de gracia y de paz para tí, en este dia en que la voz del pueblo te convida á conocer y á recibir á tu Salvador! Podrias en tal caso arrepentirte y con tu penitencia detener las calamidades que te amenazan y que serán efecto de tu endurecimiento; pero estás ciega y quieres estarlo. Sábetete, pues, ciudad desventurada, que pues recibes tan mal la visita del que solo puede hacerte feliz, Dios te visitará bien pronto con todo el furor de su enojo, y no está lejos el tiempo de tu destruccion. Antes de muchos años te verás sitiada de tus enemigos, los cuales harán una circunvalacion al derredor de tus muros: te cercarán, te estrecharán, te apretarán por todos lados, y habiéndote forzado á rendirte, pasarán á cuchillo á tus habitantes, arrasarán tus muros y arruinarán de arriba abajo tus soberbios edificios; tu magnífico templo será destruido sin dejar en él piedra sobre piedra. Y todo esto vendrá sobre tí por no haber querido conocer el tiempo de la visita de tu Salvador, este tiempo de bendiciones, anunciado por todos los profetas y deseado tan ardientemente por todos los buenos.

Ninguna prediccion mas expresa, mas clara, ni mas circunstanciada; ninguna que se haya cumplido mas á la letra con todas sus circunstancias en el último sitio de Jerusalem, cerca de cuarenta años despues de la muerte del Salvador y cuando Tito, hijo del emperador Vespasiano, al frente de mas de cien mil hombres, incitado mas por una fuerza superior, como él mismo decia, que por un motivo de venganza ó de dilatar el imperio, fué á sitiar á aquella capital en el tiempo de la solemnidad de la pascua, cuando se hallaban en ella una infinidad de gentes de todos los reinos y provincias. Viendo este general lo difícil que era cercar toda la ciudad con su ejército, por la desigualdad del terreno y por la vasta extension de su recinto, y no pudiendo por otra parte levantar terraplenes contra